

tengo por útil el considerar qué influjo pueden tener las mugeres sobre las luces : lo cual será objeto del siguiente capítulo.

CAPITULO IV.

De las Mugeres que cultivan las letras.

« La desgracia es como la montaña negra de Bember, al extremo del abrasado reino de Labor. Mientras que uno la sube, no ve delante de sí mas que riscos estériles; pero cuando está en la cima, el cielo está sobre su cabeza, y el reino de Cachemira á sus pies. »

La Cabaña indiana, por BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

LA existencia de las mugeres en sociedad es todavía incierta bajo muchos aspectos. El deseo de agradar estimula su talento; la razon les aconseja la obscuridad; y todo es arbitrario tanto en sus triunfos como en sus desaciertos.

Acaecerá, en mi entender, una época de

cualquiera especie, en que legisladores filósofos pondrán una atencion seria en la educacion que deben recibir las mugeres, en las leyes civiles que las patrocinan, en las obligaciones que es preciso imponerles, en la felicidad que se les puede afianzar; pero, en el actual estado, no están, las mas de ellas, en el orden natural, ni en el social. Lo que les sale bien á las unas, se les desgracia á las otras; las buenas prendas les perjudican unas veces, y las favorecen los defectos otras; ya lo son todo, ya son nulas. Se asemeja su suerte, bajo algunos aspectos, á la de los libertos bajo los emperadores; si ellas quieren conquistar algun ascendiente, les forman un delito de una facultad que no les acordaron las leyes; y si permanecen esclavas, es oprimido su destino.

Vale ciertamente mucho mas, en general que se dediquen las mugeres á las virtudes domésticas únicamente; pero lo que hay de estravagante en los juicios de los hombres relativos á ellas es que les perdonan mas bien el faltar á sus obligaciones que el lla-

marse la atencion con distinguidos talentos; toleran en ellas la degradacion del corazon en favor de la mediocridad del espíritu, mientras que la mas perfecta honestidad podria obtener apénas gracia por una real superioridad.

Esplanaré las diversas causas de esta singularidad. Empiezo desde luego examinando cual es su suerte en las monarquías, y cual es tambien en las repúblicas. Me dedico á caracterizar las principales diferencias que estas dos situaciones políticas deben producir en la suerte de las mugeres que aspiran á la celebridad literaria; y considero despues de un modo general qué felicidad puede prometer la gloria á las mugeres que quieren llegar á ella.

En las monarquías, tienen que temer las mugeres la ridiculez, y en las repúblicas el odio.

Está en el orden de las cosas que en una monarquía en que el tacto de las conveniencias se ejerce tan finamente, toda accion rara, todo impulso para salir uno de su es-

fera, parezca desde luego ridiculo. Lo que uno está obligado á hacer por su estado, por su situacion, halla mil aprobadores; pero lo que inventa sin necesidad, sin obligacion, se juzga de antemano severamente. Los zelos naturales á todos los hombres no se aplacan mas que si podeis disculparos, por decirlo así, de un triunfo por medio de una obligacion; si no encubris la gloria misma con el pretesto de vuestra situacion é interes, importunaréis á los que la ambicion atrae hácia el mismo camino que á vosotros.

En efecto, pueden ocultar los hombres siempre su amor propio y el deseo que tienen de ser aplaudidos bajo la apariencia ó realidad de las pasiones mas fuertes y nobles; pero cuando las mugeres escriben, como se les supone en general por primer motivo el deseo de manifestar talento, les acuerda el público difícilmente su voto. Conoce que las mugeres no pueden pasarse sin él, y esta idea engendra en el público la tentacion de negársele. En todas las situaciones de la vida, puede notarse que desde que un hombre

echa de ver que necesitamos sumamente de él, se entibia casi siempre para con nosotros. Cuando una muger da á luz un libro, se pone en tanto grado bajo la dependencia de la opinion, que los dispensadores de esta le dan á conocer duramente su dominacion.

A estas causas generales, que obran casi igualmente en todos los paises, se agregan diversas circunstancias particulares de la monarquía francesa. El espíritu de caballería que todavía subsistia, se oponia, bajo algunos aspectos, á que aun los hombres cultivaran con suma aplicacion las letras. Este mismo espíritu debia infundir mas aversion todavía contra las mugeres que se ocupaban muy esclusivamente en esta especie de estudio, y distraian así sus pensamientos de su primer interes, los afectos del corazón. La delicadeza del pundonor podia inspirar á los hombres alguna repugnancia para sujetarse ellos mismos á cuantas especies de crítica pueden resultar de la publicidad; con cuanta mayor razon podia desagradarles el ver á los seres que ellos estaban encargados de prote-

ger, á sus mugeres, á sus hermanas ó hijas, correr los acasos de los juicios del público, ó darle á lo ménos el derecho de estar mentándolas habitualmente.

Un talento superior triunfaba de todas estas consideraciones; pero hallaban las mugeres dificultad sin embargo en tener noblemente la fama de autoras, en conciliarla con la independencia de una alta clase, y no perder nada, con esta fama, de la magestad, gracia, soltura y naturalidad que debian caracterizar su tono y habituales modales.

Tenian licencia ciertamente las mugeres para sacrificar las ocupaciones de su interior al gusto y diversiones mundanas; pero se acusaba de pedantismo todo estudio serio; y si una muger no se hacia superior, desde los primeros pasos, á las burlas que la asaltaban por todas partes, semejantes burlas lograban desalentar el ingenio, y aun agotar la fuente de la confianza y exaltacion.

No puede volverse á hallar una parte de estos inconvenientes en las repúblicas, y especialmente en una que tuviera por objeto el

adelantamiento de las luces. Quizas seria natural que en semejante estado, la literatura propiamente dicha fuera el patrimonio de las mugeres, y que los hombres se dedicaran únicamente á la alta filosofia.

Se dirigió la educacion de las mugeres, en todos los estados libres, segun el espíritu de la constitucion que se habia establecido en ellos. En Esparta, las acostumbraban á los ejercicios de la guerra; en Roma, se exigian de ellas virtudes austeras y patrióticas. Si se quisiera que el principal móvil de la república francesa fuera la emulacion de las luces y de la filosofia, seria cosa muy razonable el dar fomento al cultivo intelectual de las mugeres, á fin de que los hombres pudieran conversar con ellas sobre ideas que cautivaran su interes.

No obstante esto, despues de la revolucion, pensáron los hombres que habia una utilidad política y moral en reducir á las mugeres á la mas absoluta mediocridad; no les dirigiéron mas que un miserable language tan falto de delicadeza como de talento; no

tuviéron ellas ya motivo ninguno para dar progreso á su razon; y no se mejoráron con ello las costumbres. Limitando la estension de las ideas, no fué posible renovar la simplicidad de las primitivas edades; de ello resultó únicamente que ménos talento condujo á ménos delicadeza, á ménos arbitrios para sobrellevar la soledad. Aconteció lo que se aplica á todo en la actual disposicion del ingenio: se cree siempre que las luces obran el mal, y se quiere remediarle haciendo retroceder la razon. El mal de las luces no puede corregirse mas que adquiriendo mas luces todavia. O la moral seria una idea falsa, ó es verdad que cuanto mas nos ilustramos, tanto mas inclinacion le tenemos.

Si los Franceses pudieran infundir á sus mugeres las virtudes todas de las Inglesas, sus costumbres retiradas, su propension á la soledad, harian muy bien en preferir semejantes prendas á todos los dones de un sobresaliente talento; pero lo que podrían conseguir de sus mugeres, seria el no leer nada, no saber cosa ninguna, y no tener nunca en

la conversacion una idea interesante , una espresion feliz, ni un language realzado ; y tan léjos de que esta bienaventurada ignorancia las fijara en su interior , sus hijos les serian ménos queridos cuando ellas estuvieran inhabilitadas para dirigir su educacion. Se les haria mas necesario y peligroso juntamente el trato de gentes ; porque no se les podria hablar nunca más que de amor, y aun este amor careceria de la delicadeza que puede hacer las veces de la moralidad.

Muchos beneficios de suma importancia para la moral y felicidad de un pais quedarían malogrados , si se consiguiera hacer totalmente insípidas ó frívolas á las mugeres. Tendrían ellas muchos ménos medios de templar las pasiones furiosas de los hombres ; no tendrían ya, como en otros tiempos, un útil ascendiente sobre la opinion : las mugeres son quienes la animaban en cuanto depende de la humanidad, de la generosidad y delicadeza. Únicamente estos seres escluidos de los intereses políticos y de la carrera de la ambición, colman de menos-

precio todas las acciones bajas , señalan la ingratitud, y saben honrar la desgracia cuando la han causado nobles ideas. Si no habían ya en Francia mugeres bastante ilustradas para que su juicio pudiera contar, ni bastante nobles en sus modales para infundir un verdadero respeto, la opinion de la sociedad no tendria ya dominio ninguno sobre las acciones humanas.

Creo firmemente que en el antiguo gobierno, en que la opinion ejercia un tan saludable influjo, este influjo era la obra de las mugeres distinguidas por su talento y buenas prendas : se citaba frecuentemente su elocuencia cuando un designio generoso las inspiraba, cuando ellas tenían que defender la causa de la desgracia, cuando la espresion de un afecto requería valor y desagradaba al gobierno.

Durante el curso de la revolucion, diéron estas mismas mugeres tambien las mayores pruebas de sacrificio y energía.

Los hombres, en Francia, no pueden ser nunca bastante republicanos para pasarse

totalmente sin la independencia y natural nobleza de las mugeres. Tenian ellas sin duda, en el antiguo gobierno, sumo influjo sobre los negocios; pero no son ménos peligrosas cuando están destituidas de luces, y de razon por consiguiente; se dirige su predominio entónces hácia inmoderados gustos de fortuna, hácia elecciones sin discernimiento, hácia recomendaciones sin delicadeza; y envilecen ellas á los que aman en vez de exaltarlos. ¿Gana con ello el estado? ¿Debe privarse la república de la celebridad de que gozaba la Francia con el arte de agradar y vivir en sociedad, por el rarísimo peligro de encontrar á una muger cuya superioridad sea desproporcionada con la suerte de su sexo? Pues bien, sin las mugeres la sociedad no puede ser agradable ni picante; y las mugeres privadas de talento, ó de aquella gracia de conversacion que supone la educacion mas distinguida, vician la sociedad en vez de hermosearla; en ella introducen una especie de simpleza en los discursos y de maledicencia de corrillo, una insulsa ale-

gría que debe acabar enagenando á todos los hombres realmente superiores, y reduciria las lucidas concurrencias de Paris á los jóvenes que no tienen nada que hacer y á las jóvenes que tampoco tienen nada que decir.

En los negocios humanos podemos descubrir inconvenientes en todo. Los hay indubitavelmente en la superioridad de las mugeres, aun en la de los hombres, en el amor propio de las gentes de talento, en la ambicion de los héroes, en la imprudencia de las almas grandes, en la irritabilidad de los genios independientes, en la impetuosidad del valor, etc. ¿Será necesario por ello luchar con todos los esfuerzos contra las buenas prendas naturales, y dirigir todas las instituciones hácia el abatimiento de las facultades? Apénas es cierto que este abatimiento favoreciera las autoridades de familia ó las gubernativas. Las mugeres sin espíritu de conversacion ó literatura, tienen comunmente mas arte para eximirse de sus obligaciones; y las naciones sin luces no saben ser libres,

pero mudan de dominadores con suma frecuencia.

El ilustrar, formar, y perfeccionar á las mugeres como á los hombres, á las naciones como á los individuos, es tambien el mejor secreto para todos los fines razonables, para todas las relaciones sociales y políticas á que se quiere asegurar un durable fundamento.

No podria temerse el talento de las mugeres mas que por una delicada inquietud sobre su felicidad. Es posible que despejando su razon, se les comunican luces sobre las desgracias frecuentemente anejas á su suerte; pero se aplicarian los mismos racionios al efecto de las luces en general sobre la felicidad del género humano, y esta cuestion me parece decidida.

Si es imperfectisima en el órden civil la situacion de las mugeres, es menester ocuparse en mejorar su suerte, y no en degradar su talento. Es útil á las luces y felicidad de la sociedad que las mugeres cultiven solícitamente su espíritu y razon. Una sola contingencia, realmente adversa, podria resul-

tar de la esmerada educacion que debe dárseles: seria si algunas de ellas adquirieran facultades suficientemente distinguidas para experimentar la necesidad de la gloria; pero aun esta casualidad no traeria perjuicio ninguno á la sociedad, y no seria fatal mas que al escasísimo número de mugeres á quienes la naturaleza condenara al martirio de una importuna superioridad.

Si hubiera una muger seducida por la celebridad del ingenio, y que quisiera tratar de lograrla, cuan fácil seria el disuadirselo, si fuera tiempo de ello todavía! Se le mostraria á qué horrenda suerte estaria dispuesta á condenarse. Examine Vm. el órden social, le dirian, y verá al punto que está todo él entero armado contra una muger que quiere elevarse á la altura de la fama de los hombres.

Desde que una muger se señala como una persona distinguida, el público en general está impresionado contra ella. El vulgo no juzga nunca mas que con arreglo á ciertas máximas comunes, á las que uno puede ate-

nerse sin riesgo ninguno. Cuanto sale de este curso habitual, desagrada desde luego á los que miran la práctica de la vida como la salvaguardia de la mediocridad. Un hombre superior los espanta ya; pero desviándose una muger superior todavía mas del camino trillado, debe pasmar, é incomodar mas por consiguiente. Teniendo sin embargo casi siempre un hombre distinguido que recorrer una carrera, sus talentos pueden ser útiles aun á los intereses de aquellos que dan ménos valor á los encantos del pensamiento. El hombre de ingenio puede llegar á ser un hombre poderoso; y bajo este aspecto, los envidiosos y necios le guardan miramientos; pero una muger entendida no está destinada á presentarles mas que lo que les interesa ménos, ideas nuevas ó afectos elevados: su celebridad no es mas que un ruido cansado para ellos.

La gloria misma puede censurársele á una muger; porque hay contraste entre la gloria y su destino natural. La austera virtud condena hasta la celebridad de lo que es bien en

si, como si causara una especie de ofensa á la perfeccion de la modestia. Pasmados los hombres hábiles de encontrar competidores entre las mugeres, no saben juzgarlas con la generosidad de un adversario, ni con la indulgencia de un protector; y en este nuevo combate, no siguen las leyes del honor, ni las de la bondad.

Si una muger, para colmo de desgracia, se grangeara una notable celebridad en el seno de las turbulencias políticas, se tendria por ilimitado su influjo aun cuando ella no ejerciera ninguno, la acusarian de todas las acciones de sus amigos: la aborrecerian por cuanto ella quiere; y se dirigirian desde luego los tiros contra el objeto indefenso ántes de llegar á los que pudieran temerse todavía.

Ninguna cosa presenta mas campo á las vagas suposiciones, que la incierta existencia de una muger cuyo nombre es célebre y cuya carrera es obscura. Si el talento vano de este hombre mueve á irrision, si las prendas viles de estotro le hacen rendirse bajo el

peso del menosprecio, si es desechado el hombre mediano, todos gustan mas de achacarlo á aquella potestad desconocida que se llama una muger. Los antiguos se persuadian que el destino había embarazado sus designios cuando ellos no se cumplian; tambien el amor propio de nuestros tiempos quiere atribuir sus reveses á ocultas causas, y no á sí mismo, y la supuesta dominacion de las mugeres famosas podria, en caso necesario, hacer las veces de la fatalidad.

Las mugeres no tienen modo ninguno de manifestar la verdad, ni de aclarar su vida. Oye su calumnia el público, y únicamente la sociedad íntima puede juzgar de la verdad. ¿Qué medios auténticos podria tener una muger para demostrar la falsedad de falaces imputaciones? El hombre calumniado responde con sus acciones al mundo; puede decir:

Mi vida es un testigo al que conviene oír tambien.

Pero ¿cual es este testigo para una muger? algunas virtudes privadas, algunos

favores oscuros, algunos afectos encerrados en la estrecha esfera de su destino, algunos escritos que la darán á conocer en los países en que ella no habita, en los años en que ya no existirá.

Un hombre puede, hasta en sus obras, refutar las calumnias de que él es objeto; pero en orden á las mugeres, el defenderse es un perjuicio mas; y el justificarse, un nuevo ruido. Las mugeres conocen que hay en su naturaleza algo de puro y delicado, ajado prontamente aun con las miradas del público: el ingenio, habilidades, y un alma apasionada, pueden hacerlas salir de la sombra que deberia rodearlas siempre; pero la echan de continuo ménos como su verdadero asilo.

El aspecto de la malevolencia hace temblar á las mugeres, por mas distinguidas que sean. Animosas en la adversidad, son timidas contra la enemistad; el pensamiento las enardece, pero su genio permanece débil y sensible. Las mas de las mugeres á quienes

eminentes facultades inspiraron el deseo de la fama, se asemejan á Herminia revestida con las armas del combate : los guerreros ven el casco, lanza, y relumbrante penacho; creen encontrar la fuerza, embisten con violencia, y llegan desde los primeros golpes al corazon.

Las injusticias no solamente pueden turbar enteramente la felicidad y paz de una muger, sino desapegar tambien de ella hasta los primeros objetos de su corazon. ¿ Quien sabe si la imágen presentada por la calumnia no lucha á veces contra la verdad de los recuerdos? ¿ Quien sabe si los calumniadores, despues de haber despedazado la vida, no despojarán hasta la muerte de los tiernos pesares que deben acompañar á la memoria de una muger amada?

En esta pintura, no he hablado todavía mas que de la injusticia de los hombres para con las mugeres distinguidas; ¿ no es de temer tambien la de las mugeres? ¿ No excitan ellas ocultamente la malevolencia de los hom-

bres? ¿ Se ligan las mismas nunca con una muger para sostenerla, defenderla, y apoyar sus vacilantes pasos?

No está todo en esto; parece que la opinion descarga á los hombres de todas las obligaciones para con una muger en la que se hubiera reconocido un talento superior: puede ser uno ingrato, pérfido, malo con ella, sin que la opinion se encargue de vengarla. ¿ *No es una muger extraordinaria?* Todo está dicho entónces; la abandonan á sus propias fuerzas, y la dejan en lucha con el dolor. El interes que una muger infunde, la potestad que preserva á un hombre, todo le falta con frecuencia á un mismo tiempo; ella recorre con su singular existencia, como los Parias de la India, todas las clases de que no puede ser, todas las clases que la consideran como si debiera existir por sí sola; objeto de la curiosidad, quizas de la envidia, y no mereciendo efectivamente mas que la conmiseracion.